

Marcelino tiene prisa y está solo para acometer la ingente tarea de ordenación; no existe todavía en España el sistema de equipos de alumnos y profesores para la clasificación y el estudio de las materias, como ya se ha organizado en algunos puntos del extranjero para estas tareas científicas. El trabaja sin ayudantes, no va por un camino trillado y únicamente por sus propios medios reconstruye el pasado y valora, casi siempre con juicio certero, todos los libros leídos.

Menéndez Pelayo es la figura más representativa de la segunda mitad del siglo XIX en el campo de la crítica y la erudición. Es un precursor que realizó un esfuerzo enorme por historiar nuestra literatura y dejó sentados los principios de la crítica moderna que, aunque le ha superado, siempre tiene que agradecerle haber abierto el camino y establecido sus fundamentos.

Ya desde muy joven el insigne santanderino (1856-1912) demostró sus aptitudes para el estudio. Después de cursar Filosofía y Letras recorrió gran parte de Europa, con pensiones del Estado, para estudiar en sus bibliotecas. Menéndez Pelayo se presenta para oposiciones para cátedra en la Universidad de Madrid, ganándolas después de brillantes exámenes, en los que el propio tribunal se levanta entusiasmado para aplaudir al opositor y se pregunta con asombro: ¿quién es ese joven de tan portentosa erudición que con extraordinaria naturalidad y fácil palabra va exponiendo sus descubrimientos? El joven opositor, de veinte años, ya entonces presenta una introducción y programa de la literatura española, por el que se va a guiar a lo largo de toda su vida.

Menéndez Pelayo, con amplitud de visión, busca la unidad de espíritu de toda

la cultura hispánica, tanto en sus orígenes hispanolatinos como en las ramas semíticas portuguesas o hispanoamericanas. Revaloriza nuestros clásicos y enaltece el Siglo de Oro español como uno de los momentos más felices de una cultura. La fusión perfecta del sentimiento católico, nacional y monárquico, a juicio de Menéndez Pelayo, da a nuestra literatura del XVII ese sello inconfundible y español cien por cien que la diferencia del resto de las literaturas y le da preponderancia durante ese período.

Don Marcelino, sabio y amante de las glorias patrias, interviene en las polémicas frecuentes en su tiempo sobre el valor de la ciencia y la filosofía española. El expone los méritos de la filosofía de Luis Vives, de Raimundo Lulio, del Padre Suárez y reivindica los méritos de Francisco de Vitoria, creador del derecho internacional. Cuando un extranjero llega al colmo de preguntarse: «¿Hay Renacimiento español?» Menéndez Pelayo sale al paso demostrando cuál fué la poesía española renacentista con Garcilaso, Herrera y Fray Luis y cómo hubo todo un estilo de vida impregnado de Renacimiento, aunque como todo lo de nuestra tierra, a la española.

Menéndez Pelayo, dentro de nuestras mejores tradiciones y fervoroso católico creyente, tuvo, sin embargo, una libertad de concepto de los que aún hoy día debemos aprender mucho. Estudió y gozó la literatura de Heine, al que calificaba de «ruiseñor que ha hecho su nido sobre la peluca de Voltaire», declarándole uno de sus preferidos. Ensalzó las obras y el espíritu de Goethe, considerando sus *Elegías romanas* como una de las más perfectas obras de arte de la Humanidad. Sus firmes creencias no le impidieron nunca